

clara de lo que quieren decir con dicho término. Dichas universidades harán uso de rankings tales como el Times Higher Education y el U-Multirank. Las universidades no deberían caer en la tentación de utilizar términos que si bien resultan atractivos a simple vista son imprecisos, sino que deberían centrarse en la calidad de su labor. No obstante, al igual que ocurre con otros términos, temo que nada se puede hacer para evitarlo. ■

Sustentabilidad y Asequibilidad: ¿existirá la bala mágica?

ELLEN HAZELKORN

Ellen Hazelkorn es asesora en políticas de la Higher Education Authority (Irlanda) y directora de la Higher Education Policy Research Unit, Dublin Institute of Technology. E-mail: ellen.hazelkorn@dit.ie

La transformación en el panorama de la educación superior ha sido absolutamente dramática. En la base de estos avances se encuentra el notable crecimiento en la demanda por la educación superior. Cuando se publicó el primer número de International Higher Education, había aproximadamente 68 millones de estudiantes terciarios matriculados a nivel mundial. En la actualidad hay 196 millones de estudiantes con proyecciones de casi 430 millones para el 2030. Durante el mismo período, la tasa de matrícula de personas de 20–29 años de edad pertenecientes a los países miembros de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) ha registrado un crecimiento de 10 puntos porcentuales en promedio, y algunos países (principalmente Dinamarca, Finlandia, Grecia e Islandia) presentan matrículas superiores al 40 por ciento. A medida que la restructuración del mercado de trabajo a nivel mundial continúa avanzando rápidamente, las personas le dedicarán más tiempo a la educación. Todo esto demuestra que avanzamos apresuradamente hacia convertirnos en sociedades de alta participación, en las cuales la gran mayoría de la población obtiene altos niveles de formación, debido a lo que esto significa en términos de logro social y personal.

No obstante, irónicamente, ahora que nuestras socieda-

des dependen cada vez más de una ciudadanía educada, los costos asociados a ser un actor activo en la economía mundial también van en aumento. Si bien algunos países pueden aumentar o por lo menos mantener su nivel de gasto, otros están sometidos a una enorme presión proveniente de la deuda pública y privada, de un público crítico de una alta (o mayor) tributación y a los servicios públicos expansivos. Esto genera situaciones en las cuales el gasto por estudiante no se está manteniendo a la par de la creciente demanda. En general, la OCDE (en 2013) indica que la participación del costo total cubierto mediante fondos públicos para la educación superior ha disminuido desde un 77 por ciento en 1995 a un 68 por ciento en 2013.

Nada de lo que he planteado aquí será novedad para este público. No obstante, entregar una educación superior universal de alta calidad en una época de disminución del financiamiento público y aumento en la competitividad mundial constituye el desafío más importante que enfrentaremos en las próximas dos décadas.

Utilizar los rankings globales para orientarnos conducirá inevitablemente a una mayor desigualdad. Las mejores 100 universidades representan menos del 0,5 por ciento del actual total de casi 18.000 instituciones de educación superior. A su vez, dicha cifra representa aproximadamente 0,4 por ciento del total de estudiantes de educación terciaria a nivel mundial. A medida que aumenta la demanda se acelera la selectividad. Esto se debe a que si bien las cifras de estudiantes en general van en aumento, la cantidad de alumnos repartidos entre las mejores 100 instituciones se mantiene relativamente estable. En consecuencia, cada año, los rankings de las mejores instituciones representan un menor porcentaje general del total de estudiantes.

Algunos países han intentado equilibrar estas demandas apuntando a mejorar la calidad mediante la concentración de los recursos en unas cuantas “universidades de clase mundial,” con la esperanza de que los beneficios luego decanten por efecto de goteo a las demás. Una minoría de países, tales como Finlandia, han adoptado una estrategia de “sistema de clase mundial”, repartiendo los beneficios de la excelencia en forma equitativa a lo largo su vasto territorio, a la vez que figuran entre los países con el mejor desempeño del mundo.

¿Cuál es el equilibrio justo entre educar a la gran mayoría de nuestros ciudadanos para que sean personas inteligentes, creativas y emprendedoras, a la vez que garantizamos la capacidad de la nación para competir en el mundo de la ciencia? ¿Habremos llegado al final del actual modelo de educación superior pública y masiva? ■